

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 453

Madrid, 27 de Septiembre de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

MADRID, DE LUTO

Una catástrofe de esas que llenan el corazón de espanto y que sumen el espíritu en una pesadilla de agonía, ha herido la capital de la nación.

Un teatro de los más antiguos (se inauguró en 1856), cuyo principal elemento de construcción era la madera, en minutos vió su escenario presa de las llamas, que pasaron, con la rapidez que les proporcionaba el fácil combustible, a la sala de espectáculos.

La voz de ¡fuego! y la aparición de las llamas fueron casi instantáneas. Por ser Domingo y a última hora de la función de la tarde, la entrada era más que regular. Como sucede casi siempre en estos casos, la gente, presa de un pánico de locura, se tiró a las salidas, que pronto quedaron taponadas por una masa de hombres, mujeres y niños que se estrujaban horriblemente para poder ganar la calle.

Las escenas de horror que allí se desarrollaron y que la prensa diaria ha detallado oyéndolas de labios de las mismas víctimas, conmueven, hacen asomar las lágrimas a los ojos.

El resplandor del incendio, a la media hora de iniciado, congregaba a medio Madrid en la calle del si-niestro y las adyacentes. La extracción de cadáveres y el paso de las ambulancias con los numerosos heridos arrancaban lamentos de piedad y conmiseración de todos los corazones que en brevísimo tiempo conmovían toda la ciudad. El número de muertos es de 70, y el de heridos, asistidos en las Casas de Socorro, de unos 200 próximamente.

El entierro, presidido por el Gobierno, Ayuntamiento y Diputación, fué una imponente y sentida demostración del profundo dolor que siente el pueblo de Madrid, ante tamaña catástrofe.

La intensa ráfaga de infortunio que ha sembrado el luto en tantos hogares y envuelto en el más acerbo desconsuelo a tantos corazones, ha penetrado ¡cómo no! en el nuestro, haciendo brotar en él la simpatía y la piedad más sinceras que ofrendamos a las pobres víctimas, así cómo a los que lloran, tristes, las consecuencias de tan luctuoso suceso.

¡Ten, Señor, misericordia, de los que lloran y sufren!

DEL CONGRESO MISIONERO DE JERUSALEM

El Cristianismo afrontando los problemas de la Humanidad.

UN grupo numeroso y altamente representativo del Cristianismo de todos los continentes, razas y pueblos, se congregó hace poco, en la ciudad por excelencia santa, Jerusalem. Allí congregados, después de mucha oración e intercambios intelectuales y amplias discusiones, proclamaron ante el mundo un mensaje que bien podemos llamarlo el mensaje del Cristianismo afrontando los problemas actuales de la Humanidad. Pocos documentos existen más autorizados ni más dignos de estudio y que puedan ejercer mayor influencia en la solución de los tremendos conflictos porque la Humanidad atraviesa en estos días. Hélo aquí:

Inestabilidad social y espiritual.

En todas partes del mundo domina hoy un sentimiento de inestabilidad y de in-

seguridad. Las antiguas religiones están sufriendo radicales modificaciones, y en algunas partes completa disolución a medida que el desarrollo científico y comercial cambia la marcha del pensamiento de la Humanidad. Instituciones hasta ahora tenidas en gran veneración por su ancianidad respetable son enteramente menospreciadas, o, cuando menos, se pone en duda su validez y eficacia. Normas de conducta moral que se creían perfectamente establecidas, son hoy severamente criticadas; y en los países llamados cristianos se sienten estos vaivenes y conflictos con tanta premura y realidad como en los pueblos de Asia o de África. Por todas partes surge constante esta pregunta: «¿Existen en alguna esfera la verdad y la bondad absolutas?» Un nuevo relativismo pugna por entronizarse en la mentalidad humana. Juntamente con esto

el hombre contemporáneo encuentra a cada paso el sufrimiento y el dolor, que se expresan en parte por la falta de esperanza en poder recabar más altos valores en la vida, en parte también por la búsqueda trágicamente anhelosa de hallar una nueva base para el pensamiento y la vida. En otras partes por los penosos resurgimientos del nacionalismo, que a cada paso se levantan, y por el sentimiento cada vez más dolorosamente consciente de la opresión, ya sea contra razas o contra clases.

En medio de una indiferencia mundial, de una absorción de la Humanidad por los intereses materiales, se notan también por doquier, ya expresados en formas nobles, ya de modo licencioso y extravagante, grandes anhelos — especialmente entre la generación joven del mundo — por recabar la expresión más amplia y

completa de la personalidad humana sin cortapisas ni trabas; por encontrar alguna dirección espiritual autorizada; por encontrar realidad en la religión, justicia social entre los hombres, fraternidad humana entre las razas y paz internacional entre los pueblos. En este mundo aturrido que va como deslumbrado tanteando por encontrar el verdadero camino, surge, agosto, Jesucristo, y atrae hacia sí mismo, como nunca lo ha logrado, la atención y la admiración de la Humanidad. Él se destaca conspicuamente glorioso, ante los hombres, más grande que la civilización occidental, más grande que el Cristianismo que hasta ahora ha ido conociendo la Humanidad. Muchos que hasta el presente no han sentido interés ninguno por su Iglesia, encuentran en Él a su Héroe, a su Ideal. Dentro de su misma Iglesia se siente cada vez más universal el deseo de unidad centralizada en torno de su Persona.

Nuestro mensaje.

Frente a este complicado medio ambiente, y en relación con él, debemos proclamar nuestro mensaje. Nuestro mensaje es Jesucristo. Él es la revelación de lo que Dios es y de lo que el hombre por su medio puede llegar a ser. En Él confrontamos la realidad suprema del universo. Él nos hace conocer a Dios como nuestro Padre, perfecto e infinito en su amor y justicia. En Él encontramos a Dios encarnado y la revelación final del Dios en el que vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, revelación que se va desenvolviendo con más amplitud cada día. Creemos que por medio de lo que hoy está ocurriendo, ya sea lúcido, ya oscuro, Dios va trabajando, gobernando y prevaleciendo.

Jesucristo, por medio de su vida, de su muerte y resurrección, nos ha manifestado al Padre como la realidad suprema, como amor omnipotente que reconcilia al mundo a sí mismo por la Cruz; que sufre con los hombres en sus luchas contra el pecado y la maldad; que soporta con ellos y por ellos la carga del pecado, perdonándolos si ellos también otorgan en sus corazones el perdón a sus hermanos y se vuelven hacia Él en fe y arrepentimiento; finalmente, creando de nuevo en la Humanidad una nueva vida sin límite de tiempo, cada vez más amplia, cada vez más intensa y plena. La visión de Dios en Cristo nos trae y ahonda en nosotros el sentido del pecado y de nuestra culpabilidad. No somos dignos de su amor. Hemos faltado y nos hemos opuesto a su santa voluntad; pero a la vez esa misma visión que nos trae el sentido de culpabilidad, nos ofrece la certeza del perdón con sólo que nos entreguemos en fe al Espíritu de Cristo para que su amor redentor pueda reconciliarnos con Dios Padre.

Afirmamos de nuevo que Dios, como Jesucristo lo ha revelado, requiere de todos sus hijos en todas las circunstancias,

en todos los tiempos y en todas las relaciones humanas, que vivan en amor y en justicia para su gloria. Por la resurrección de Cristo, por el don de su Santo Espíritu, Dios ofrece su propio poder a los hombres para que también ellos puedan ser colaboradores con Él, y les urge e impele a una vida osada y de sacrificios para preparar la venida de su Reino en toda su plenitud. No pensamos ofrecer una nueva fórmula del mensaje cristiano, puesto que recordamos que no hace mucho, en Agosto de 1927, la Conferencia Mundial de Fe y Orden, que se celebró en Lausana, dió una, que desde entonces ha sido estudiada y aprobada por el Cristianismo y la hacemos nuestra en esta proclamación. He aquí sus palabras: «El mensaje de la Iglesia al mundo es y será siempre el Evangelio de Jesucristo. El Evangelio es el mensaje gozoso de la redención, aquí en ésta y en la otra vida, el don inefable de Dios a los hombres pecadores por medio de Jesucristo. El mundo fué preparado para la venida de Cristo por las actividades del Santo Espíritu de Dios trabajando en la Humanidad, pero muy especialmente en su revelación dada en el Antiguo Testamento. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, la Palabra eterna de Dios encarnó y fué hecha hombre en Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, lleno de gracia y de verdad. Por medio de su vida y enseñanza, de su llamamiento al arrepentimiento, de su proclamación de la venida del Reino de Dios y de su juicio; de sus sufrimientos y muerte; de su resurrección y exaltación a la diestra del Padre; por el envío de su Santo Espíritu, Él nos ha traído el perdón de los pecados, nos ha revelado la plenitud de un Dios viviente y su amor ilimitado hacia nosotros. El llamamiento de este amor, revelado en toda su plenitud en la Cruz, nos impele a una nueva vida de fe, de sacrificio, de devoción y consagración a su servicio y al servicio de la Humanidad.

»Jesucristo crucificado y todavía viviente, como Salvador y Señor, es también el centro del Evangelio para el mundo, como lo fué del Evangelio de los Apóstoles y de su Iglesia; porque Él mismo es el Evangelio, y el Evangelio es también el mensaje de la Iglesia al mundo. Este Evangelio es más que una teoría filosófica, más que un sistema teológico, mucho más que un programa de mejoramiento material. El Evangelio es más bien un don para un mundo nuevo procedente de Dios a este viejo mundo lleno de pecado y muerte. Más aún; es la victoria sobre el pecado y la muerte, la revelación de la vida eterna en Aquel que ha unido conjuntamente a todas las familias en el cielo y en la tierra, en la comunión de los santos, en la cooperación de confraternidad y de servicio, de oración y alabanza. El Evangelio es el llamamiento profético al hombre pecador para que vuelva sus ojos a Dios y encuentre las gozosas nuevas de la justificación y san-

tificación para aquellos que creen en Cristo. Es la consolación de los que sufren, y es la proclamación de la libertad para todos aquellos que tienen la certeza de ser hijos de Dios. El Evangelio nos trae paz y gozo de corazón, y produce en los hombres sacrificio propio, prontitud y buena voluntad en servicio fraternal y en amor compasivo. Ofrece el supremo ideal para las aspiraciones de la juventud, vigor confortante para el trabajador, descanso para el cansado y una corona gloriosa para el mártir.

»El Evangelio es la fuente más segura de poder para una regeneración social. Proclama el único método práctico para que la Humanidad pueda verse libre de esos odios de clase y raza que están perturbando a la sociedad del presente, y le presenta el programa de paz, de amistad internacional para el mundo entero. Es también la generosa invitación a los pueblos no cristianos del Oeste y del Este, para que entren en el gozo inefable del Señor viviente.»

El motivo cristiano.

Si tal es nuestro mensaje, el motivo en proclamarlo debe ser muy claro. El Evangelio es la respuesta satisfactoria a la más apremiante y grande necesidad del mundo. Este Evangelio no es algo que nosotros hemos descubierto o llevado a cabo; descansa en el hecho de reconocer que es un acto de Dios. Es primero, y principalmente, la Buena Nueva; anuncia una gloriosa verdad. Su naturaleza íntima nos prohíbe decir que puede ser creído y adaptable para unos y no para otros. Una de dos: o es verdadero para todos, o es absolutamente de ser verdadero.

Han surgido recientemente tantas preguntas acerca del motivo misionero, y de tal manera han cambiado las formas del pensamiento en la última generación, que debemos examinar de nuevo esta actitud. Por lo mismo, debemos presentar, con toda franqueza, los motivos que nos impelen a emprender campañas misioneras. Aceptamos de buena voluntad, para el bien de nuestra obra y para la mejora de nuestras almas, toda clase de criticismo propio, aunque sea riguroso e inconsiderado. Al investigar los motivos que nos compelen a nuestra empresa, nos encontramos eliminando de modo decisivo y de una vez para siempre, ciertos motivos, que tal vez en las mentes de algunos han sido mezclados con los motivos más puros de la historia de este movimiento. Repudiamos todo intento, por parte de los comerciantes o de los Gobiernos, ya directa, ya indirectamente, de usar la causa de las misiones para otros propósitos ulteriores. Nuestro Evangelio, por su naturaleza íntima y por su proclamación de lo sagrado de la personalidad humana, se presta de suyo conspicuamente contra toda clase de explotación del hombre por el hombre; así, que no podemos tolerar propósito alguno consciente o inconsciente, de usar este movi-

miento para fines de esclavitud económica, política o social de pueblo alguno.

Yendo todavía más lejos, por nuestra parte repudiamos todo intento de imperialismo religioso que desee imponer prácticas y creencias sobre otros con el fin de manipular o sus almas o sus intereses. Obedecemos en esto a Dios, quien respeta nuestro libre albedrío y deseamos, por lo mismo, respetar el libre albedrío de los demás.

No abrigamos tampoco el deseo de mezclar nuestro Evangelio con ninguna forma determinada de eclesiasticismo cuyo significado e historia están basados en la experiencia de la Iglesia Occidental. Más bien estamos dispuestos a poner en manos y a disposición de las nuevas Iglesias de todos los demás países nuestra experiencia histórica y colectiva. Creemos que mucha de nuestra herencia es producto de experiencias reales; es decir, contiene algo real, y tal vez puedan ser beneficiados los que se hagan coparticipes de ello. Pero deseamos ardientemente que estas Iglesias jóvenes expresen el Evangelio por su propio genio y adoptando formas adaptables a su herencia nacional o racial. Debemos evitar todo deseo de dominar sobre la fe personal o colectiva de otros. Nuestro motivo más verdadero e impelente descansa en la verdadera naturaleza de Dios a quien hemos consagrado nuestros corazones; puesto que Él es Amor, su verdadera naturaleza es de suyo comunicativa. Cristo es la expresión en el tiempo, de un Dios que se da a sí mismo eternamente. Al llegar a la comunión y amistad con Cristo, encontramos que brota en el fondo de nuestros corazones un impulso avasallador de comunicar a otros ese mismo Cristo. Nos sentimos constreñidos por el amor de Cristo y por la obediencia a su último mandamiento. Él mismo dijo, «vine para que tengan vida y la tengan en abundancia», y nuestra propia experiencia corrobora estas palabras. Él ha sido vida para nosotros, y nosotros queremos comunicar esa vida a otros.

Estamos ciertos de que Cristo viene con un ofrecimiento de vida a los individuos, a las sociedades y a las naciones. Creemos que en Él las trabas de la maldad moral y de la culpabilidad quedan rotas y alejadas de la personalidad humana, y que el hombre queda hecho libre, y que tal libertad personal es la base para libertar a la vez a la sociedad de toda costumbre esclavizadora, de toda práctica social envilecedora y de toda opresión política. Así que, en Cristo los individuos, las sociedades y las naciones, pueden presentarse libres y completos.

Encontramos en Cristo, y especialmente en su Cruz y Resurrección, una fuente inagotable de poder que nos hace esperar hasta en donde no hay esperanza. Creemos que por Él, individuos, sociedades y naciones que han perdido su vigor moral paravivir, serán restaurados a nueva vida.

Tenemos en nuestras mentes una como

pauta con respecto a la forma que tal vida ha de tomar. Creemos en un mundo que viva una vida a semejanza de Cristo. No conocemos nada que sea mejor; no nos contentaremos tampoco con menos. No vamos a las naciones llamadas no cristianas porque sean lo peor del mundo y están necesitadas; vamos porque forman parte del mundo y participan con nosotros de la misma necesidad humana; la necesidad de redimirnos de nosotros mismos y del pecado; la necesidad de tener una vida completa y abundante y de ser hechos de nuevo de acuerdo con este modelo, Cristo. Deseamos un mundo en el cual Cristo no sea crucificado, sino un mundo en el que su Espíritu reine.

Creemos que el hombre fué hecho para Cristo y no puede vivir separado de Él. A nuestros padres se les inculcó horror a que el hombre muriera sin Cristo; participamos de ese horror; pero sentimos también horror a que el hombre viva sin Cristo.

He aquí donde descansa el motivo cristiano; es sencillo. No podemos vivir sin Cristo, y no podemos soportar la idea de que el hombre viva sin Cristo. No podemos estar satisfechos de vivir en un mundo que no vive como Cristo. No podemos permanecer ociosos mientras el anhelo de su corazón por sus hermanos no sea satisfecho.

Puesto que Cristo es el motivo, el fin de las misiones cristianas concuerda con ese motivo. Su propósito no es otra cosa más que producir en los individuos, sociedades y naciones un carácter a semejanza de Cristo, por medio de la fe en Cristo y por el compañerismo con Cristo, el Salvador viviente.

Cristo es nuestro motivo y Cristo es nuestro fin. No debemos dar nada menos; no podemos dar algo más.

El espíritu de nuestro esfuerzo.

Debemos comenzar nuestra tarea con humildad y penitencia; con humildad, porque no es nuestro propio mensaje el que presentamos, sino el mensaje de Dios, y si al presentarlo hacemos hincapié en nuestra propia afirmación, echaremos a perder el mensaje y dificultaremos su aceptación; con penitencia, porque tanto nuestros padres como nosotros mismos hemos estado ciegos a muchas de las implicaciones de nuestra fe; con amor, porque nuestro mensaje es el Evangelio del Amor de Dios, y sólo con amor en nuestros propios corazones hacia aquellos a quienes hablamos, podremos dar a conocer su poder y su verdadera naturaleza.

Confesamos especialmente la lentitud de las Iglesias antiguas en dar cuenta y llevar a cabo su responsabilidad de predicar el Evangelio a todo el mundo; y todos a una confesamos nuestra negligencia en no haber vivido una vida como individuos en conformidad con el Espíritu de Cristo. La Iglesia no ha afrontado resuelta y efectivamente los problemas de

odio de razas, desprecio de razas, y hostilidad de razas; ni se ha expresado con la eficacia debida contra el orgullo racial, nacional, social, o contra la ansiedad por la riqueza o la explotación de las clases pobres o débiles. Creemos que el Evangelio «proclama el único camino por el cual puede la Humanidad verse libre del odio de raza y clase». Pero estamos obligados a reconocer que la historia no justifica que hemos hecho lo que debíamos haber hecho para que este ideal del Evangelio se hubiese cumplido. Tampoco el Cristianismo ha investigado suficientemente los elementos buenos y nobles en las creencias no cristianas, para conocer los puntos mejores de profunda confraternidad personal con los adherentes de tales creencias, a fin de que sean más poderosamente atraídos a Cristo. Sabemos que, aparte del consciente conocimiento de Él, cuando el hombre es fiel al mejor conocimiento que posee, está en condiciones de emanciparse de muchos males que afligen al mundo; y esto debe estimularnos a ayudarlo a que encuentre la plenitud de la luz y poder en Cristo.

Pero a la vez que notamos estos fracasos estamos obligados a expresar con gratitud lo que ha llevado a cabo la Iglesia Cristiana en la Humanidad. La diferencia entre la Europa conocida de Pablo, y la Europa conocida de Dante, Lutero, Wesley es muy clara. En todas las partes del mundo podemos oír el testimonio de la liberación de la mujer que Cristo ha ido realizando. A medida que ha aumentado el desarrollo industrial, ocasionando grandes cambios sociales, ha surgido también en todas partes algún movimiento social cristiano. La Conferencia Universal de Vida y Obra, celebrada en Estocolmo en 1925, reveló cuántos y cuán influyentes, cuán esparcidos y universales son estos movimientos. Aunque no hemos realizado esfuerzos en proporción con las necesidades del mundo ni con las demandas de Cristo, por lo que ya se ha obtenido y por lo que se ha intentado en realizar, nos sentimos alentados para esperar un futuro mejor. Notamos particularmente una conciencia colectiva cada vez más creciente y sensitiva en contra de la guerra y de las condiciones que pueden inducirnos a ella. Damos gracias a Dios por todas estas indicaciones del creciente poder del Espíritu de Cristo entre los cristianos. Hacemos un llamamiento a todos los cristianos para que estén dispuestos a contribuir con sus ideas, palabras y acciones en el nombre de Cristo a todo movimiento de avance. Con demasiada frecuencia la Iglesia ha adoptado una nueva verdad, o un nuevo ideal, sólo cuando ya habían pasado los peligros que amenazaban tales adelantos. Hay peligro en la precipitación pero también lo hay en la excesiva cautela por la cual (porque su Iglesia se ha quedado atrás), la gloria de una nueva verdad o empresa que por derecho pertenecen a Cristo le ha sido negada.



CRÓNICA



Alfonso XIII en Suecia.

Acorresponder a la visita que Gustavo V, Rey de Suecia, hizo a España el año pasado, ha ido nuestro Rey en estos pasados días, mientras se celebraba en Madrid la manifestación en honor del general Primo de Rivera. Lo mismo que el Sr. Alex, si le invitan, ha de ir al ameno y edificante espectáculo a que alude en su crónica anterior, también el que esto suscribe ha ido a Madrid en estos días del homenaje, y con más gracia, que ha ido acompañado de un alcalde, un juez, varios concejales y hasta de un sacristán y varios curas; estos últimos no se han hospedado en el Colegio «El Porvenir»; pero, desde el sacristán para arriba, incluyendo, que se nos olvidaba, un médico y un maestro de escuela, sí que hemos estado allí, en aquella santa casa, conviviendo unos días de confraternidad verdaderamente cristiana y sin considerar este hecho, ni como una desgracia para la casa, que tan galantemente nos recibió, ni para los que en ella estuvimos.

Y no nos hemos apartado de dar esta noticia del viaje regio, incluyendo el anterior paréntesis; aprovechamos la oportunidad de hacerlo, mientras el Monarca español asistía a la soberbia cacería que, en su honor, se organizaba, ya que en Suecia no hay corridas de toros con las que nosotros obsequiamos a Gustavo V en Granada, de la que, dicho sea de paso, sólo vió el comienzo de la lidia del primer toro, y en seguida abandonó el circo taurino. Un periódico católico hace resaltar el hecho de que Su Majestad el Rey de España oyó misa el Domingo en una iglesia católica, cosa muy natural, ya que en Suecia, país eminentemente protestante, viven en absoluta libertad los escasísimos católicos romanos que hay allá, y se saben respetar las creencias todas con el más escrupuloso espíritu cristiano, de donde nosotros deducimos que, a la par, también en España debiera existir esa libertad con que se honran pueblos que, como Suecia, figuran a la cabeza del progreso y de la civilización, por su cultura (allí no hay analfabetos), por sus fuentes de riqueza (es uno de los países más ricos de Europa), y todo esto por su Cristianismo puro, que es la única doctrina que sabe formar caracteres rectos, justos y santos, de que con harta frecuencia se carece en pueblos católicos sometidos a Roma.

El periódico católico de que tomamos estos datos termina su artículo, que bien

Este número ha sido revisado por la censura.

comenta el viaje de que nos ocupamos, diciendo que Suecia es una nación netamente cristiana, y creemos que la censura eclesiástica ha dejado pasar esta afirmación porque estaba escrita al final y pasó desapercibida. ... Estamos tan acostumbrados a oír que los protestantes somos diablos, condenados, herejes, enemigos de Dios y de su Iglesia, que, vamos... y es que hay que distinguir entre clericalismo y catolicismo, y, en virtud de esta distinción, existen en España muchos, muchísimos católicos, que son profundamente anticlericales, y así, los clericales quisieran ver confundidos a los protestantes, al paso que los católicos anticlericales creen cristianos a sus hermanos los protestantes.

Ibeas en Konnersreuth.

¿Qué tal, lector, el titulillo? Se las trae, ¿verdad? De seguro que has tenido que poner la boca en forma de pimiento morrón para pronunciar el nombrecillo segundo, ya que el primero es fácil: es un fraile. Y eso es que en una pobre aldea bávara hay una joven campesina de veintiocho años que, a consecuencia de una mojadura (*sic*), se puso enferma en el año 1918. La mojadura fué tan gorda, que una parálisis la retuvo en cama tres años; después se quedó ciega; más tarde tuvo apendicitis, y de estas tres cosas curó repentinamente, de un modo misterioso. En el año 1926, un día de Cuaresma se le presentó la escena de Cristo en el Olivete, y en seguida sintió un dolor insoportable en el costado izquierdo y la impresión de un flujo cálido (*sic*). Se le había abierto en la zona del corazón una herida que manaba sangre. En Noviembre del mismo año le aparecieron llagas en las manos y en los pies y ocho protuberancias sangrientas en la cabeza, en forma de corona. Una friolera; como ves, querido lector, la pobre joven está hecha una calamidad. Y hay más: desde entonces, todas las semanas, al mediar la noche del jueves y hasta la una del viernes, absorbe en la pasión del Señor, deja correr sangre abundante de la cabeza y del corazón y también de los ojos, manos y pies; desde 1926 no toma más alimento que una cucharadita de café, y no obstante, su estado nutritivo es normal, y los dos o tres kilos que pierde cada viernes a consecuencia del éxtasis, con exactitud matemática los recupera en los días siguientes, hasta el viernes próximo, que los vuelve a perder, y en seguida vuelta a empezar. Un caso excelente para propagar las condiciones nutritivas del café con el consiguiente abaratamiento de las subsistencias.

Todo esto lo ha visto el P. B. Ibeas, y, según él, lo están presenciando gentes de todas partes del mundo, y dicen que las

mujeres salen dando gritos, y que hay dos obispos a la cabecera de la paciente y un catedrático de la Universidad y un canario en su jaula, que estará amarillo, como es natural, y que esto es motivado por lo mismo que las creencias allá son tan débiles; la nostalgia de lo infinito aguija más las almas. Nos parecemos al joven artista Brahtz del «Más allá de las fuerzas humanas», que habiendo perdido la fe, aparece pálido y desfalleciente en una asamblea de escépticos, pidiendo con angustia ¡un milagro! ¡un milagro!

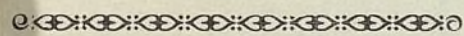
Dicen que en la Edad Media, para exaltar, con la mejor buena intención, la fe del pueblo, se fingían milagros a granel, y así, por ejemplo, una virgen que posada estaba en su elevado camarín, era puesta a media noche en medio de la iglesia, y acto seguido se repicaban las campanas *a to meter*; el pueblo acudía presuroso, y... ahí la veis, se quiere ir por vuestros pecados... el humilde templo se transformaba en suntuosa basílica, los frailes llenaban sus arcas, y a la postre aquello terminaba con la prohibición de la Iglesia, de tamañas supercherías. Así quedaba salvado el honor de la Iglesia después de haberse efectuado bien provechosa recolección... Y en los modernos tiempos de más escasos milagros, y éstos más científicos y aparatosos, lloran y sudan Cristos y Virgenes con sus consiguientes *agostos*, hasta que al cura le da la fatal idea de lavarles la cara y retocarlos a la moderna, y entonces se descubre que el portentoso milagro lo realizaron las velas, que con su calor derretían la capa de cera que envolvía a la imagen, y se acaba el milagro, y el cura se tira de los pelos, porque se acabó el fructífero negocio, y también queremos salvar la honorabilidad de la Iglesia Católica, que en más de una ocasión ha fulminado sus excomuniones contra los que tales cosas crean, sin que ello alcance a los que durante tantos años antes las habían creído... No negamos en modo alguno la autenticidad de los milagros, pero teniendo en el Evangelio los realizados por Jesucristo, en ellos vemos la forma de realizar éstos, que difiere en muy mucho a estos misterios, rodeados de artefactos teatrales y con visos de negocio mundano.

El Salvador del mundo realizó sus prodigios sanando enfermos, dando vista a ciegos y hasta resucitando muertos, con ánimo, en primer lugar, de hacer el bien a quien lo necesitaba, sin interés de alcanzar popularidad y con suma sencillez, y hasta en ocasiones decía: ve y no lo digas a nadie...; ni una sola vez realizó un hecho milagroso que durase largo período de tiempo para que todas las gentes pudiesen admirar su poder... sabía É muy bien que aun viendo aquellas cosas no las creerían...

La mayor fuerza de la doctrina del Cristo no está en sus milagros, siempre tan combatidos; lo está en su vida, sin tacha en su conducta; lo está en su misma doctrina, sublime cual no cupiera otra en

mente humana; lo está en su moral, que le han hecho justicia sus más violentos enemigos; lo está en los medios que empleó para transformar al mundo; no tenía donde reclinarse su cabeza; lo está en el hecho de haberse propagado de polo a polo y de Oriente a Poniente, sin más armas que la predicación y el ejemplo, y esto muchas veces, aun venciendo el supremo e inexplicable obstáculo de ser sus propagadores y los encargados de defenderla sus más encarnizados enemigos... Ahí está todo el secreto de la divinidad del Cristianismo, que no necesita de milagrerías teatrales ni vanas supercherías, sólo creíbles por reclusas monjitas que nacieron ocultas en las tristes soledades de anticristianos claustros. Ahí tenéis la Ley y los profetas; ahí tenéis mi Evangelio; si no lo creéis, tampoco lo creeréis prodigando a granel los más portentosos milagros. Aquellos obispos que rodean el lecho de la bávara joven ya podían en sus entrañas de misericordia ser como Pedro, de quien se llaman sucesores, y en el nombre de Jesús levantar a la joven de su lecho de dolor librándola de tan crueles sufrimientos... Eso nos agradaría más y hasta sería más cristiano; lo otro que se lo cuenten a Rita... las cosas viejas pasaron.

J. GONZÁLEZ



LA FE DEL CARRETERO

(Hojas sueltas de mi diario de viaje.)

Media noche de un día del mes de Junio. Alumbrados por magnífica luna llena más que por la débil lucecilla de linterna de aceite de nuestra Rudge, montamos en ésta muy ufanos.

Kilómetro tras kilómetro llevamos recorridos hasta 50, apenas la mitad de la jornada, y entonces empezó la del alba con el alegre gorjeo de los pajarillos y el balar de ovejas y corderos que abandonan sus apriscos, guiados por patriarcales pastores, en busca de verdes prados. Ya las piernas van sintiendo los efectos del kilometraje, y hasta llegamos a creer que a la máquina le ha sucedido algo, pues nos parece que se desliza más difícilmente; mas a las primeras observaciones nos percatamos de que son aquéllos y no ésta las de la dificultad. Fingimos no enterarnos y proseguimos ruta azuzados por el anhelo de ver y besar, después de varios días de ausencia, a nuestro único bebé. Nos hemos propuesto gozar de esa especial alegría que los niños experimentan al dejar el lecho y sentir los rayos luminosos del nuevo día.

Un perro que sale a la bici, un bache que atravesamos o una piedra que saltamos inconscientemente, un ruido extraño cualquiera, nos llena de sobresalto, pensando que pueda surgir algo que nos impida llegar con el debido tiempo al lugar propuesto; más que correr, volar quisiera

uno, aun a costa de días y de años de vida, para cubrir todos los objetivos.

Por la carretera que corremos y cuando los primeros rayos de sol doran el llano horizonte, cubierto de mieses y viñedos, pasamos por Toral de los Guzmanes, pequeño oasis en esta desierta España, donde brota el agua para vida eterna y solaz del peregrino que entre tanto camina hacia Sión.

Siguiendo el curso del Esla en sentido contrario a su corriente, pasamos cerca de Ardón, donde también por años fué anunciado el Evangelio o Mensaje del Bien, como traduciría Tolstoi, el gran ruso cuyo centenario se conmemora este año.

La carretera empieza a tomar vida. Un grupo de lecheras que a pie y en borriquillos conducen la leche a la capital; una enorme carreta de bueyes cargada de aromático heno; una recua de cuatro mulas y un pollino que penosamente escalan un ligero repecho. Orgulloso automóvil nos deja a todos atrás envueltos en desagradable polvareda; nosotros nos sentimos también un poco orgullosos de poder ir dejando atrás a los de las carretas y a los de las recuas, a los de a pie y a los de a caballo... Mastoda felicidad de la tierra tiene su fin... y le llegó también a la nuestra. Cuando menos lo esperábamos, un enorme reventón del neumático nos deja en plena carretera, y nos pasan las lecheras y nos alcanza el de la recua, quien, al vernos, nos saluda con una pícaro sonrisa de triunfo.

— ¿Qué le pasa al amigo? — nos dice.

— Ya puede usted suponer; una avería que nos ha fastidiado. Si a usted...

— Con mucho gusto. Traiga aquí ese cacharro. Usted también puede montar. Esos artefactos no sirven para nada. Nada de extraño tendría que dentro de un instante nos encontrásemos con el auto, que antes nos llenó de polvo, *escacharrao* en plena carretera; pero le aseguro que yo no les doy ni el adiós. Cuando ellos le ven a uno andando por estas carreteras de Dios, maldito que se les ocurre ofrecerse a uno para nada. Las bicicletas, pasen; pero a los autos le aseguro que les tengo *hinchá*. Son muy despotas; esto, aparte de que no sirven para nada. En mi pueblo, varias fábricas de harinas que se echaron camiones automóviles han vuelto a las reatas. Poco a poco verá usted cómo se vuelve a lo antiguo; ¡como que es lo mejor!

En esto, el borriquillo, que va en punta, por ir cogiendo una hoja de los árboles de la carretera aquí y otra allá, hace zigzaguar a la recua y exaspera al carretero, el cual le increpa:

— ¡¡Cascabelillo!! ¡¡Me...!!

Aquí una de esas frases que, para vergüenza de la España católica, han obligado a los gobernadores a poner letreros en las mismas fachadas de los templos,

que dicen: «Por respeto a las leyes, a las creencias del vecindario y a la cultura en general, será severamente castigada la blasfemia». Nosotros le reprendimos y a la reprensión contestó:

— Usted perdónese si le he molestado. Es una mala costumbre muy generalizada. Yo no lo hago con mala intención. La verdad, a usted no tengo por qué ofenderle, y en cuanto a Dios, si le he de decir la verdad, no creo en Él. Por lo tanto...

— ¿...?

— ¡Pues, mire usted, fundo mi creencia en que el verdadero Dios es el dinero. Tras él vamos todos: los curas y los que no lo somos, la Iglesia igual que el negocio! ¿Cree usted que voy a creer yo en un Dios que tiene un Purgatorio del cual se puede salir mediante dinero transformado en misas, indulgencias, escapularios, etc., etc.? ¿Cree usted que puedo creer en un Dios que dice es pecado comer carne en ciertos días, pecado que deja de serlo para los que pueden comprar la bula, en un Dios que baja todos los días a las manos de un sacerdote, hombre como los demás, y algunas veces no de los mejores? ¡Porque si yo le contara!...

— No, amigo; no me extraño de que no crea en ese Dios; en ese Dios tampoco creo yo. El Dios en que yo creo es espíritu y verdad, Dios que no hace acepción de ricos o pobres, que no deja caer un solo cabello de nuestras cabezas sin su beneplácito. Dios justo hasta lo terrible y misericordioso hasta lo sublime. Dios del Sinaí con la inexorable ley, pero también y afortunadamente Dios de Belén y del Calvario, dándonos a su Hijo amado para cumplir la ley y morir en nuestro lugar. Dios del cual podemos hoy repetir con el profeta de Israel: «¿Qué Dios grande como el nuestro?» Dios, desgraciadamente desconocido para la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Yo le aseguro, amigo mío, que la fe en este Dios me ha hecho verdaderamente feliz y mejor.

— Mire usted, cosas así dicen los curas de Dios, de la Virgen, de los Santos y de toda la corte celestial; pero no le quepa la menor duda: para todos no hay más Dios que el dinero.

— Entonces, ¿usted no cree en nada?

— ¡Hombre... en nada, no! Cada uno tiene sus creencias. Yo creo en San Antonio con toda el alma. No se pasa un año sin que le diga a mi mujer: «¡Hay que llevar una velica al santo!» De niño vi a mi madre rezarle siempre que algo se perdía en casa. Siendo aún un muchachuelo estaba con cierto amor para *acompañar* bueyes al matadero de Madrid. Una de las primeras veces que fui me dió un billete de cinco duros, que de tanto como quise guardarlo lo perdí. Sucedió el hecho en cierto prado, donde estábamos apacentando el ganado la noche antes de *embargar*; me harté de buscarlo; todo inútilmente. Tanto sentía perder el billete como tener que pedir nuevamente dinero. Ya de mañana, y completamente des-

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

esperanzado, me acordé de lo que hacía mi madre, pero no sabía la oración de San Antonio; en su lugar recé un «Creo», empezando a buscar de nuevo con el consiguiente éxito. Desde entonces acá creo a pies juntillas en San Antonio. El Patrón de mi pueblo es San Pedro, pero ni en él creo. Antes siempre le sacaban en tiempo de sequía; pero desde hace años, cuando le tiraron a un charco porque, a pesar de la novena y de la procesión, no llovió, pocos creen en él. Si alguna vez voy a misa es por cumplir con el mundo y para rezar a mi San Antonio.

Profundamente apenados al ver el estado espiritual de este hombre que no cree en Dios y, sin embargo, cree en San Antonio, a quien cuando reza, por no saber su oración, invoca con la fórmula «Creo en Dios Padre», nuestra memoria nos recordaba que Pi y Margall había asegurado que el pueblo español es el más escéptico de la tierra, y que en no recordamos qué parte leímos que cuando el hombre no cree en Dios se aferra a cualquier superchería. Por desgracia, la fe del carretero no es un caso esporádico; abundan demasiado los tales casos para poder conceptuarlos como tales. ¿Cuál era la fe de Eusebio Blasco, el insigne aragonés de las letras, que, siendo hombre liberal y hasta escéptico, se atreve a escribir: «Dejaré que mis hijos piensen como quieran; pero a la Virgen del Pilar han de rendirla culto, so pena de no ser hijos míos»?

¿No serán éstos los frutos de una fe impuesta a sangre y fuego de una falsa unidad religiosa mantenida por cuatro siglos con el terrible tribunal de la Inquisición? ¿Para qué han servido tanto clero secular y regular como en España desde siglos ha habido? Sin duda alguna va a resultar cierta aquella frase de Unamuno, en la que asegura que el catolicismo está siendo el elemento más activo en la des-cristianización del pueblo.

Estamos llegando al fin del viaje y veremos sembrar una palabra de vida eterna en el alma del extraviado carretero, que nada quiere aceptar por el caballeroso servicio que nos ha prestado.

Echamos mano al bolsillo y encontramos un Evangelio y un ejemplar de *La Buena Nueva*, que le entregamos.

—Bien, amigo—le decimos—muy agradecidos por este favor; ahora uno más: le suplico: que acepte este librito y este periódico. El libro es un ejemplar del Evangelio. ¿No ha oído usted decir *esto es tan verdad como el Evangelio*? Pues éste es el Evangelio, la verdad suprema, a quien, si usted presta oídos, puede llevarle a la verdadera felicidad. Nada hallará usted ahí de purgatorios, escapularios, bulas, salvación comprada mediante dinero ni ninguna de esas cosas. En cambio, verá de Jesús el que, siendo rico, se

hizo pobre por amor de nosotros; el que dijo que era más difícil que un rico entre en el reino de los cielos que un camello pase por el ondón de una aguja; que llamó bienaventurados a los pobres, y que dice a los trabajados y cargados: «Venid a Mí que yo os haré descansar». Este otro es un periódico verdaderamente cristiano, que seguramente le ha de gustar. Léalos detenidamente.

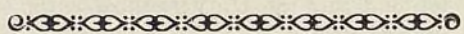
Recibió nuestra oferta agradecido y emocionado.

—Le prometo leerlos, amigo—nos dijo—. Nunca oí hablar de Dios como usted lo ha hecho; le aseguro que me ha gustado.

Cargados con nuestro artefacto, como dijera el del carro, le vemos proseguir azuzando a sus nobles bestias.

—¡¡Cascabeli-i-i-llo!! ¡¡Boní-i-i-ta!! ¡¡Plate-e-e-ra!! ¡¡Naran-an-an-ja!! ¡¡¡ie!! ¡¡ie!! ¡¡ie!!

CHINELA Y CAZALLA



Información Evangélica.

Horas de solaz.

La circunstancia de hallarse todavía el martes en Madrid algunos de los ministros y delegados asistentes al Sinodo de la Iglesia Española Reformada, nos proporcionó el grato placer de reunirlos en torno de nuestra mesa de redacción. Con nosotros estuvieron, entre otros, los señores Regaliza, Estruch, Pimentel, Caro, Ferrer, Estruch (M.), Miñambres, etc. Ellos tuvieron oportunidad de ver algo del trabajo que supone la confección de esta Revista, y nosotros gozamos durante dos horas de su agradable compañía.

Por no retrazar la salida del periódico no publicamos hoy la reseña del Sinodo. Lo haremos (D. v.), en el número próximo.



El grupo «Heralsefi».

La Directora de este simpático grupo de muchachas, nos escribe atenta carta desde Barcelona, suplicándonos rectifiquemos el error deslizado en la reseña publicada en uno de los números anteriores. *Canfueniñas*, y no *canfueriñas*, es el nombre de las muchachas que forman el grupo,

Gustosamente hacemos la rectificación, a la vez que besamos los pies a las lindas señoritas del grupo «Heralsefi».

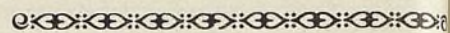


REGISTRO

Bautismo.—Iglesia de Cristo, Sabadell (Española Reformada). El 15 del actual fué bautizada la niña María Rosa, hija de los miembros de esta iglesia D. José Ferrer y D.^a Aurelia Casanovas; fueron padrinos los tios de la bautizada D. José Plans y doña María Casanovas. Nuestra felicitación a todos.

Fallecimiento.—Iglesia Evangélica, Beas de Segura. El 29 de Agosto voló al cielo el alma de la niña Rosa García Zamora, hija de D. Felipe García y D.^a Aquilina Zamora. El sepelio tuvo lugar al día

siguiente en el Cementerio Civil, con asistencia de un numeroso público, que escuchó conmovido la buena nueva de salvación. Quiera el Señor consolar a los padres.



Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Octubre.

ACCIÓN DE GRACIAS

Por los innumerables beneficios que nos confieren diariamente.

Por las asambleas y conferencias evangélicas celebradas.

Por la apertura de nuevos locales y el comienzo del curso.

SÚPLICAS

Por un avivamiento espiritual en todos los evangélicos.

Por nuevas fuerzas para intensificar la labor en la viña del Señor.

Por la pronta concesión de la libertad de cultos.

La reunión de oración unida, tendrá lugar en Madrid, el jueves día 4 de Octubre, en la iglesia del Redentor, calle de Beneficencia, a las nueve en punto de la noche.

SECCIÓN FINANCIERA

Iglesia Evangélica de San Pablo.

Diputación, 38, bajos.—Barcelona.

Comité „Pro Templo“

SEXTA LISTA DE DONATIVOS.

Suma anterior de la lista de Mayo: 17.214,37 pesetas. — María M. de Cabestany (Barcelona), 40; señores Mievilla, idem, 10; Josefa G. viuda de Salas, id., 10; Sres. Pellvin, id., 25; Sres. Olivier, id., 25; señores Arenales, id., 45; Primitiva Alonso, id., 10; Marcelina Serrata, id., 10; José, id., 25; Sres. Schmitt, id., 25; Sres. Zwérina, 10; Sres. Zapater, 25,50; José Canosa y señora, id., 19,85; Engracia Cabrafiga, id., 10; Sres. López, id., 2; Rosario Diana, id., 4; Mateu Queral, id., 6; Felipe Redondo, id., 4; Jaime Cebonell, id., 7; María Escandil, Santa Coloma, 10; S. Delpech, de Oloron (Francia), 25; Srta. Hulda de Suiza, 57,20; Srta. T. Blanco, id., 15; Srta. S. (Francia) 10; Mercedes Tarrés (Buenos Aires), 25; señores Egaland (Montevideo), 50; Leonor Beltrán, (Nueva York), 91,45; giro S. A., id., 1.754; Donativos de Alemania, 2.443,50; Juan Nieto (Madrid), 50; Señoras Blanco, id., 25; Adolfo Araujo, 25; Mme. Delacroix (Mulhouse), 100; Mr. A. de Pourtales (Paris), 50; colecta de los fieles en la iglesia y otros, 79,50.

Total de lo recibido hasta el 17 de Septiembre: 22.238,37 pesetas.

Gracias de todo corazón a los generosos donantes. Barcelona, 20 de Septiembre de 1928. — El Pastor Agustín Arenales.

Nota importante.—El 20 del próximo Octubre habremos de pagar el último plazo del solar adquirido, cerca de nueve mil pesetas, y aunque, gracias a Dios, tenemos ofrecimientos importantes, en firme faltan aún unas tres mil pesetas y recibiremos con inmensa gratitud cuantos donativos se nos remitan para esa fecha.

Diríjanse al Pastor. Diputación, 38, 1.^a, 2.^a Barcelona.



CAPÍTULO XXV

EN LA CÁRCEL

Al anochecer del día siguiente Lyne se acercó a Norberto, que vagaba, fascinado, por los alrededores de la catedral, y haciéndole señas de que fuera con él hacia su casa, le dijo por el camino:

— Ha sido un día terrible para los De Marsac. El anciano y severo padre está desolado, y daría toda su riqueza por librar a su hijo de la hoguera. Él y el caballero ciego han pasado el día entero al lado del infeliz muchacho, implorando el padre con muchas lágrimas que se retracte, y procurando el hermano consolarle con alguna frase, aunque él mismo se halla inconsolable. Todavía no he podido hacer nada por vos; pero he logrado entregar a Poquelín la carta de Maese Calvino, y él procurará que llegue a De Marsac antes de que se lo lleven.

Pasó un día más de dolorosa espera, y el martes por la mañana Maese Lynellamó a Norberto y le preguntó si quería cambiar de ropa con su aprendiz.

— La cambiaría con el verdugo si hubiera de conseguir así mi deseo — dijo Norberto.

— En ese caso, tened la bondad de iros con Renaud, que os dará las prendas y guardará después silencio acerca del caso.

Norberto salió, volviendo a poco vestido con una blusa y llevando la cabeza descubierta. Juan Lyne le puso en la mano una cesta grande con viandas y vino, diciéndole que eran limosnas para los presos, y debía llevársela hasta la cárcel. Pusieronse ambos en camino; Norberto, caminando modestamente detrás de su amo; y como el camino no era largo, llegaron pronto a la lúgubre puerta, viendo el muchacho como en sueños que Maese Lyne tocaba la campana, y oyéndole decir al portero que acudió que deseaba ver a Maese Rondel. El portero abrió la cancela con notoria prontitud. El alcaide de una cárcel es a la vez hombre y tiene, como los demás, amigos que, naturalmente, le visitan de vez en cuando. Maese Juan Lyne era muy conocido de todos los empleados, y hubiera podido pasar

con su acompañante sin que nada le preguntasen; pero él mismo fué el que dijo con viveza, sonriendo y mirando a la cesta:

— No olvidéis vuestro deber, Santiago. Y el portero, por pura fórmula, metió las manos entre los panes y las botellas. Y las sacó otra vez, pronunciando la mágica palabra «pasad» con aire de autoridad y satisfacción, aumentada, sin duda, por la placentera sensación de algo que se había deslizado en su mano.

Maese Lyne y Norberto cruzaron el patio y llamaron a una pequeña puerta particular. Allí también conocían perfectamente al sedero, y fué introducido sin pregunta alguna en un gabinete muy confortable, donde Norberto, a pesar de su ansiedad, observó que había cuadros en las paredes representando a la Virgen con el Niño, a San Juan Bautista con Cristo niño, y a San Jerónimo en el desierto.

Mientras miraba las pinturas, entró el alcaide, hombre pequeño y enjuto, de aspecto nervioso, totalmente diferente de lo que Norberto esperaba hallar. Él y Maese Lyne se saludaron como amigos antiguos y entablaron al instante una conversación que Norberto no entendía, aunque le pareció que era sobre géneros y dinero, infundiéndole la idea de que Maese Rondel era algo así como socio de Maese Lyne y tenía una parte en sus ganancias. Pero como en su fingido papel tenía que mantenerse a respetuosa distancia, no oía muy claras las frases, y no se cuidaba de atender a ellas. Al fin oyó que el comerciante decía:

— En lo que podéis especialmente complacerme, y no lo olvidaré jamás, es en permitir que este joven vea a su amigo, el señor Luis De Marsac, y sostenga con él una conversación de unos cuantos minutos.

— Sabéis bien, Maese Juan, que no puedo negaros nada que sea razonable, y hasta ciertas cosas que no lo son mucho. Ese muchacho hablará con el desventurado caballero; pero *verle*. . . ¡Ah! El alcaide hizo con los hombros un movimiento muy expresivo, y añadió:

— Yo no voy allá, porque no es necesario para cumplir los deberes de mi cargo, y. . . hay cosas que un hombre sensible. . .

Levantó la cabeza, fijando la mirada, como por casualidad, en el cuadro que representaba a Jesús niño, y continuó:

— Es lástima que vuestros amigos no quieran retractarse.

Tocó después un silbato de plata que pendía de su cinturón, y presentóse un

carcelero, al cual ordenó que acompañase a Norberto, entrando ambos en una sala grande, que era común, donde muchos prisioneros, algunos con esposas, y casi todos ellos con el sello del criminal empedernido impreso en sus bronceados rostros, haraganeaban, jugando, riendo y jurando.

A no haber sido por la protección del carcelero que acompañaba a Norberto, le hubieran arrebatado al instante la cesta que llevaba en la mano; pero aquél llamó a un preso que parecía tener cierta autoridad sobre los demás, diciendo al joven que le diera algo para repartirlo con sus compañeros, y Norberto, contento por evitar aquel peligro, le dió tres botellas de vino, pan y carne, añadiendo a la dádiva unas cuantas monedas. Después habló al oído del carcelero, advirtiéndole que donde debía llevarle era al calabozo secreto.

Norberto, no sólo había visto el calabozo secreto del obispado, sino que, con gran disgusto suyo, había pasado veinticuatro horas, las más largas de su vida, encerrado en él, y llegó a creer que ya conocía el horror de aquellas tinieblas como pudieran conocerlo otros; pero cuando después de andar a tientas, resbalar y tropezar por largos tramos de escalera tortuosa, pendiente y carcomida, llegó a un lugar vacío, o, mejor dicho, a un agujero, pensó que estaba más abajo de lo que él había llegado jamás. A la vacilante llama de la antorcha del carcelero no vió en un principio nada más que un suelo sucio y un pedazo de pared viscosa; pero mirando más arriba, vió algo semejante a barras de hierro que indicaban la existencia de una ventana que, sin duda, daba a una zanja o a un foso. La celda estaba vacía, al parecer, y el carcelero, recordando, exclamó.

— ¡Ah! Lo había olvidado. El preso que estaba aquí ha sido trasladado porque vieron que se podía comunicar por un agujero que hay en aquel rincón con la celda de debajo.

— ¡Debajo! — exclamó Norberto estremecido.

— Naturalmente. A lo que entiendo, es al señor Luis a quien queréis ver, no al otro caballero del mismo apellido, que está mejor aposentado porque, en consideración a su padre, le han dado una celda buena. Vamos, y tened cuidado con las ratas.

La recomendación no era innecesaria, porque las piernas del mancebo corrían peligro, y para seguir al carcelero hubo de dar una porción de patadas y puntapiés. Luego tuvo que descender aún más por escaleras de caracol que, según le pareció a Norberto, debían llegar a las mismas entrañas de la tierra, llegando a creer que no respiraban ya aire, sino humedad; el frío de la muerte infeccionado con el hedor de la corrupción.

Pero todas las cosas tienen fin, y en consecuencia, llegó el momento en que el carcelero dijo: — Ya hemos llegado,

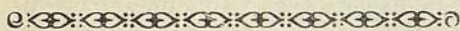
oyendo Norberto el rechinar de una llave pesada y el gemido de resistencia con que, después de mucha presión, giró al fin en la cerradura, abriéndose la puerta, y la voz del carcelero diciéndole que entrara. La llama de la antorcha le permitió ver una forma humana sentada o agachada en el suelo; pero luz y figura se desvanecieron al mismo tiempo, cuando el carcelero cerró la puerta, quedándose a la parte de fuera. Había prometido que los amigos hablarían a solas, y era hombre de palabra.

— ¡Luis! — exclamó Norberto — ¡Luis!

— ¿Qué voz es esa? — oyóse decir en un tono débil y apagado, que tenía el innegable acento de la de Luis De Marsac.

— Soy yo, Norberto De Caulaincourt, tu amigo — dijo el visitante, y una escuálida mano buscó la suya en aquellas tinieblas, y dos brazos flacos le estrecharon, confundiendo ambos amigos en un estrecho abrazo.

(Continuará.)



Esfuerzo Cristiano

Por qué estudiar la Biblia.

Dom. 7 de Octubre. Rom. 10, 17; 15, 4.

Lecturas diarias.

Lunes . .	Porque es verdadera . .	Sal., 19, 7-14.
Martes . .	Porque despierta la conciencia	Heb., 4, 12 y 13
Miércoles . .	Su mensaje inspirado . .	1.ª Juan, 1, 3-5.
Jueves . .	Su auxilio en la necesidad	Rom., 15, 4 y 5.
Viernes . .	Su poder salvador	1.ª Juan, 3, 1-5.
Sábado . .	Su revelación de Dios . .	Juan, 3, 16.

Introducción al tema.

La Biblia para los cristianos es el libro por excelencia; ningún otro se le puede comparar. Es la fiel revelación de la voluntad divina, la que nos testifica el amor de nuestro Padre celestial y la obra salvadora del Hijo. Todos los cristianos hallamos en la Biblia cuanto podemos necesitar, espiritualmente hablando. Ella nos instruye, consuela, inspira, ayuda y anima.

Procuren los esforzadores contar en esta reunión sus mismas experiencias que les hayan afirmado en la fe en la Biblia.

Ilustraciones.

Los publicistas dicen que el mejor y decisivo elogio de un libro son los buenos comentarios que acerca de él cambian los lectores. Este es el mejor elogio de la Biblia.

Si alguien os diese un talonario de cheques, y os dijese que podíais con toda libertad disponer de su cuenta corriente con el Banco, la única manera por la que podríais creer en el talonario sería cobrando los cheques. También bajo este aspecto podemos considerar la Biblia.

La Biblia es como un pozo artesiano; todos los otros libros son de un fondo superficial.

La Biblia es más que una carta de nuestro Padre; es una carta acompañada de quien la escribió y de su intérprete.

Temas para pensar.

¿Qué razón podía haber para que algunos cristianos no sean estudiantes entusiastas de la Biblia? ¿Cómo puede nuestra Sociedad promover el estudio de la Biblia? ¿Cuál ha sido el plan que has hallado más útil para la lectura en privado de la Biblia?

Pensamientos.

Ningún libro merece tanto crédito como la Biblia, pues ninguno como ésta está inspirada por Dios mismo; por eso no podemos dudar de sus palabras.

La mejor razón para creer en la Biblia, está en lo que vosotros mismos descubris que la Biblia hace por vosotros. Sería inútil que fuérais a buscar en ningún otro libro el auxilio que obtenéis de la Biblia.

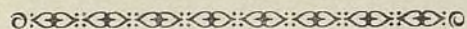
Si queréis creer más firmemente en la Biblia, poned a prueba sus promesas en vuestra vida. La Biblia solicita tal testimonio y se gloria en él.

Sociedades infantiles.

En qué se distinguen los buenos hijos.

Dom. 7 de Octubre. Gén., 47, 11-13.

Queremos pensar que los pequeños esforzadores son todos modelo de hijos; pero esto no obsta para que se recuerde a los niños los deberes para con sus padres. Háblese acerca de estos deberes y sus razones de ser; recuérdese a los pequeños cuánto deben a sus padres, y los cuidados que por ellos han tenido cuando eran muy niños. Expónganse los deseos de los padres para con los hijos, el esmero que ponen en educarlos e inculcar en sus corazones buenos sentimientos.



Escuela Dominical

Pablo en Efeso.

7 de Octubre.

Hech., 19, 8-20;
Ef., 4, 11-16.

TEXTO ÁUREO: *Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas.* — Ef., 2, 10.

Dejamos a Pablo en nuestra última lección de los Hechos partiendo de Corinto en compañía de Aquila y Priscila. Dejó a estos amigos suyos en Efeso, donde él no pudo detenerse, aunque se lo rogaron, por tener prisa para llegar a Jerusalem. Visitó esta ciudad y regresó después a Antioquía, terminando así su segundo viaje misionero.

Ahora lo encontramos en Efeso en su tercer viaje misionero. Efeso era la ciudad más importante de la provincia romana de Asia, parte de lo que se llama Asia menor. La gloria mayor de la ciudad era el famoso templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo. A su sombra había florecido la industria de los templecillos de plata, cuyo gremio levantó el alboroto que este mismo capítulo relata.

Al llegar a Efeso encontró Pablo unos doce discípulos, a los cuales parecía que les faltaba algo. Pablo les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo. No sabían siquiera que hubiese Espíritu Santo. Tal

vez habían sido instruidos por Apolos, cuando éste no estaba todavía bien enseñado en la verdad cristiana. Pablo les habló de Cristo, se bautizaron en el nombre del Señor Jesús; y habiéndoles Pablo impuesto las manos, recibieron el Espíritu Santo, de tal modo que hablaban en lenguas y profetizaban.

Como en otras ciudades, Pablo predicó primero en la sinagoga. Habló valerosamente, pues valor se necesitaba para predicar el Evangelio a los judíos después de las amargas experiencias que el Apóstol tenía de este trabajo. Tres meses duró esta labor. Por fin tuvo que separarse de la sinagoga llevándose el grupo de los que habían creído. Sus adversarios hablaban mal del Camino. Así se llamaba entonces la doctrina de Cristo. Es un Camino de salvación; es un Camino de vida; una manera nueva de vivir; una regla de conducta. Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida.

Por dos años predicó Pablo en el aula de un maestro de filosofía llamado Tirano. De aquella clase el Evangelio irradió por toda el Asia. Efeso era una ciudad muy visitada por viajeros, y muchos de los que venían, oían a Pablo y llevaban después el conocimiento de Cristo a otras ciudades. Probablemente por este tiempo se fundaron algunas, si no todas, las siete Iglesias de Asia, a las cuales fueron dirigidas las cartas que hallamos en los primeros capítulos del Apocalipsis.

Fueron años de maravillosos triunfos. Dios quiso hacer entonces singulares milagros por las manos de Pablo, y aun las prendas que habían tocado su cuerpo llevaban consigo una virtud sanadora.

Se dice poco en los Hechos acerca de las persecuciones que Pablo sufrió en este tiempo; pero debieron de ser muchas y fuertes, a juzgar por las referencias que el Apóstol hace a ellas (1.ª Cor., 15, 32; 2.ª Cor., 1, 8; 11, 23). Tuvo que batallar contra fieras, pues no otra cosa parecían sus enemigos.

El Cristianismo dió allí la batalla contra la superstición y venció. Fe y superstición son dos cosas tan opuestas como el día y la noche, o como la salud y la enfermedad. Los que confunden la fe y la superstición no se han dado cuenta de que las supersticiones florecen precisamente en épocas de incredulidad y de que el Evangelio ha acabado en el mundo con innumerables prácticas supersticiosas y está acabando con otras muchas hoy día en los países paganos.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4
APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses	4 .
Extrajero: Un año	15 .
Seis meses	8 .
América: Un año	2 dólares
Seis meses	1 dólar

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.
CERVANTES, 28, MADRID